

Sí, cualquier cosa... ¡pero que viva el fútbol!

Yes, anything ...; but live football!

¡Estos son tiempos de prosperidad! Esto no lo digo con el ánimo de invocar una diatriba más, como las que han estado lloviendo a cántaros por estos días sobre el (in)fértil terreno de la política colombiana. Las redes sociales no son, definitivamente, el mejor abono que hay en el mercado. Me refiero más bien al hecho que estamos inundados del torneo de fútbol más esperado por los fanáticos... ¡Se llegó el Mundial! Tal vez, ese sea un pretexto suficiente para hacer una sucinta crítica al respecto... No. Mejor que no sea así, hay que evitar caer en esa corriente: el mundial ya es suficiente pretexto para muchas otras cosas aún más detestables. Y, a menos que usted ya haya comprado los tiquetes hacia Brasil, no tiene excusa.

-¿Qué?

Sí. Usted sigue en el país y también sigue vivo, así no parezca. Y es que por 31 días -¡un mes entero!- el país queda suspendido en un campo electromagnético (vaya uno a saber qué es un campo electromagnético... Lo cierto es que encalambra) en el cual lo único que se escucha, lo único a lo que huele y todo lo que se ve, es fútbol. Las expectativas se limitan a un gol por allí u otro por acá, a que la Selección va pasar a la final (¿apostamos?), a que el ganador va a ser... (¿apostamos?). El “corrientazo” futbolero no diferencia entre entidades públicas o privadas o públicas que hacen de entidades. No coma cuento, cuál problema en el sistema ni qué pavadas, eso de que no lo atendieron fue porque estaban viendo el partido de. Sin embargo, ese no es el problema; el sistema se cae todos los días. En realidad, los síntomas efectivos de esta fiebre de mundial son la ataraxia social (más aguda de lo habitual), la resignación prolongada al conflicto (más aguda de lo habitual), la parálisis ecológica (mejor nombrada como ceguera ecologista), entre otras tantas que permiten entrever que el paciente está padeciendo la patología. Finalmente, ¿para qué preocuparse por los incendios en el Magdalena o por la falta de espacio en los hospitales universitarios o por los soldados muertos? ¡Al fin y al cabo hay fútbol, y eso es lo que importa!... ¿no?

No. Entre pitazo y pitazo, el país no ha parado y la situación actual no es de esas a las que se les puede llamar enternecedora. No obstante, resulta imprudente culpar exclusivamente al fútbol por esta realidad. El ciudadano “de-a-pié”, que por estos días es “de-a-fútbol”, en general no ha sido el mejor ejemplo de interés social o participación política; los índices de abstencionismo, por ejemplo, ponen esto en evidencia. La condición de lector de periódicos, de la que tanto desdeñó Nietzsche, sigue como una presencia inmanente en la vida de los transeúntes: “yo veo noticias y leo la prensa” parece ser la cuota suficiente para ayudar (así los noticieros se suspendan por partidos). Pero esto no es novedoso ¡ya le pasaba a los prusianos!

Lo que sí escapó de las consideraciones del escritor de Zaratustra (pero no de Borges) es que un evento de tal magnitud, como lo es la Copa Mundial de la FIFA, parezca más un reinado de belleza que una competencia deportiva. Y es que el centro de atención ya no sólo consiste en 22 hombres, un balón y dos arcos en la cancha, debutando por coronarse como el mejor equipo. Cada vez más, desde el 2006, pareciera que la copa se la lleva el país más vistoso, el que mejores estadios construya, el que mayor presupuesto gaste, el que mejor esconda sus problemáticas sociales...

Así, el fútbol se va convirtiendo en una disculpa para convocar consumidores. El Mundial pasó de ser un certamen deportivo en su mayor nivel, a configurarse en una bolsa de inversión, no sólo respecto a los jugadores, que se asemejan menos a personas y más a laminitas de un álbum que se pueden intercambiar hasta que ya no se pegen más al papel, sino también, por el descuido al capital humano que ha significado la potente aspiradora de efectivo en que se ha tornado el deporte más concurrido del globo. Las protestas que se desataron en las principales ciudades del actual país anfitrión por la falta de cumplimiento de las promesas de gobierno y que han rondado tímidamente desde foros en internet, hasta los noticieros locales e internacionales son prueba fehaciente de ello. Y ya que la justificación pública recae sobre la tenue esperanza de que el evento haga del país un destino turístico más concurrido: ¡qué más da, no hay carreteras, pero hay estadios (a medias)! A pesar de que esta crítica redondea tesis posmodernistas que preferiría evitar, es innegable la deshumanización que inunda las esferas del deporte rey por estos días: jugadores-laminita, administración ex-céntrica de la economía, el aplazamiento de las preocupaciones sociales más fundamentales...

Platón veía indispensable para su República, que todos los ciudadanos tuvieran una formación en gimnasia. Pero tal vez, si viera hasta qué punto se han transformado hoy los procesos deportivos... ¡Posiblemente se ahogaría en cicuta voluntariamente!

Pero no vaya usted a creer, todos esos disparates son teorías conspiratorias para intentar controlar a las masas con discursos demagógicos, haciendo creer que viendo un partido alimentan a la maquinaria devoradora del capitalismo que en realidad no existe... Detrás del fútbol sólo hay pasión y sudor. ¿Apostamos?

Santiago Quintero Suárez
Editorialista invitado